

CASO ABIERTO

otro relato de Achille MAHOP MA MAHOP

Desperté de repente. Algo acababa de ocurrir que nadie iba a creer. Lo peor es que, aun fingiendo, yo no lograba convencerme de que aquello había sido un sueño. Por el contrario, mi angustia fue creciendo a medida que se hacía implacable la certeza de que aquello era una de las caras escondidas de la realidad. Realidad. Palabra páfida y esquiva, proteica e hipócrita. El sudor que empapaba mi cama me resultaba molesto, no por la incomodidad sino porque confirmaba mis temores. Todo encajaba con una clarividencia espantosa. Permanecí en la doble oscuridad, la de mis ojos cerrados, reclusos de lo que verían al abrirse, y la de la propia habitación nocturna. Faltaba una pieza del puzzle, algo que tardé en percibir, y que se me impuso repentinamente: mi mano derecha. Con horror acababa de darme cuenta de que los dedos de mi mano derecha guardaban una sustancia pegajosa y aceitosa. Desde que desperté, había estado frotando maquinalmente el pulgar contra los restantes dedos sin que mi cerebro interpretara adecuadamente aquellos estímulos. Todo se esclareció como un rayo: mi mano derecha conservaba aún residuos de aceite del pepe soup que había comido en aquel sueño tan real que me olvidé de lavarme las manos. Me quedé paralizado de estupor en la cama, incapaz de ordenar mis pensamientos. Se me secó la garganta y no pude mover los labios para gritar y hasta mi aliento se hizo penoso. Como aún no cantaban los gallos y Mundemba, mi mujer, seguía roncando apaciblemente a mi lado, concluí que era la una y media de la madrugada. A pesar de los calambres del estupor, logré acercar la mano a la nariz: olía indiscutiblemente a pepe soup. No recordaba sin embargo haber comido pepe soup en toda la semana; anoche Mundemba y yo habíamos cenado con maíz y frutas silvestres. ¿De dónde traía pues esa mano sucia y olorosa. Al amanecer, decidí no contarle nada a Mundemba. Llegó la noche y al apagar la luz y acostarnos, mi mujer me dijo en un extraño suspiro: “mañana te haré un pepe soup tan rico que te quitará todo deseo de limpiarte las manos tras probarlo”. Paralizado de estupor, casi sin aliento, busqué en vano la expresión de su rostro en la oscuridad. Como siempre, ella ya dormía como una piedra. Por la enésima vez del día, me acerqué la mano a la nariz.



EL NACIMIENTO DE MI MADRE

un relato de Mari Cruz DEL MANZANO

Abenobar, pueblo donde mi madre nació, es cuna de escenas verdaderamente surrealistas. Para empezar, ya la llegada al mundo de la citada señora tuvo su guasa.

Allá por el año mil novecientos cincuenta, en un pueblo de rojos silenciados por Paquito el Vencedor, reinaba en la familia de los ricos del pueblo y por consiguiente, de lo más facha, un matriarcado más absolutista que el régimen del Absoluto Don Paco. Y esto es cosa ya muy extraña por los tiempos y el lugar donde se dio. Pero es verdad, y yo lo puedo confirmar, pues desde mi tierna infancia he presenciado admirada cómo mi abuela mantenía a su marido mas firme que un velón de procesiones; ciencia tal la de mi abuela Delfina, que seguro no pudo nacer de generación espontánea sino que precisó de largos años de conquista y estruje psicológico, de las mujeres de mi familia hacia sus maridos.

Ya estoy viendo a mi buen abuelo Andrés, joven y rebosando testosterona por cada poro de su piel, soñando con tocarle a lo mejor una tetilla a mi abuela, tan guapa y dotada en ese ámbito, todo hay que decirlo, para suerte o desgracia de mi abuelo. Y a ella, que no sólo no le dejaba satisfacer sus deseos sexuales, sino que, no puedo saber cómo, hizo que mi abuelo tuviese verdadero terror de pensar, simplemente, en realizar sus fantasías.

Finalmente mi abuela ordenó a mi abuelo que contribuyese en el acto reproductivo, cosa a la que mi abuelo obedeció rápidamente y no sin un poco de miedo por lo que pudiera costarle. Y nueve meses más tarde, en la noche del tres de Mayo, día de la Cruz, el retoño parecía querer salir al mundo.

Mi abuela estaba tendida en una de las amplias habitaciones de la casa del pueblo cuya ventana daba al patio. Mi abuelo de aquí para allá calentando agua, quemándose con ella y aguantando los gritos militares de la matrona, mujer que imponía respeto por su lozana corpulencia, pero más aún porque asumió con naturalidad la autoridad que en aquella casa se concedía a todo el que fuera mujer. Mientras tanto los padres de mi abuela y dueños de la casa, mi bisabuela Sofía y su marido, esperaban pacientemente en el salón al calor del brasero.

Pasaban las horas y mi abuela seguía con las contracciones pero nada más, de forma que cuando dieron las once, hora en que ríguosamente se iba uno a rezar y a acostarse, mi bisabuela Sofía, sin más miramientos, se levantó de su sillón y se dirigió a la habitación donde su hija se encontraba diciéndole a la matrona: Me voy a acostar. Si es niña despiérteme usted, haga el favor, si no, ya lo veré mañana. Hasta mañana si Dios quiere.

Este comentario, lejos de sorprender a mi abuelo y a su suegro, que en aquella casa sobrevivían, o de ofenderles por la discriminación que a su género se estaba haciendo, les dio a entender que eran a ellos a quienes les había tocado quedarse sin dormir hasta que Delfina diera a luz.

A las tres de la mañana, viendo que el retoño era una niña, se despertó debidamente a la señora que sintió gran alegría de que fuese mujer su nieta. Y como ésta naciera el día tres de mayo, la llamaron, por gusto de Sofía, María de la Cruz, mi madre.

MICRORRELATO ESCALÉRICO

de Alejandro ROMERO NIETO

La
La venganza
La venganza de
La venganza de mi
La venganza de mi espada
La venganza de mi espada llegará
La venganza de mi espada llegará antes
La venganza de mi espada llegará antes de
La venganza de mi espada llegará antes de que
La venganza de mi espada llegará antes de que me
La venganza de mi espada llegará antes de que me haya
La venganza de mi espada llegará antes de que me haya acabado
La venganza de mi espada llegará antes de que me haya acabado este
La venganza de mi espada llegará antes de que me haya acabado este melocotón
La venganza de mi espada llegará antes de que me haya acabado este melocotón sucio.

N. B.: El ascensor está fuera de servicio, así que agárrate al pasamanos cuando vayas a subir.